Arzobispado de Santiago
Evangelización

Adviento y Navidad 2026

Lectio Divina

"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros".
(Juan 1, 14)



INDICE

Presentación 3

Primer Domingo de Adviento
- Mc 13, 33-37 - 29 de noviembre 5

Segundo Domingo de Adviento
- Mc 1, 1-8 - 6 de diciembre 10

Tercer Domingo de Adviento
- Jn 1, 6-8. 19-28 - 13 de diciembre 15

Cuarto Domingo de Adviento
- Lc 1, 26-38 - 20 de diciembre 20

Solemnidad de la Natividad del Señor
- Jn 1, 1-14 - 25 de diciembre 25

PRESENTACIÓN

En el tiempo de Adviento y Navidad la Iglesia aviva la espera del Señor. Celebramos su primera venida en la humildad de Belén, aguardamos su venida gloriosa al final de los tiempos y aprendemos a reconocerlo cuando sale a nuestro encuentro hoy: en la Palabra, en los sacramentos y en nuestros hermanos y hermanas. Entre el «ya» de su presencia y el «todavía no» de la plenitud del Reino, la esperanza cristiana nos sostiene y nos pone en camino.

Esperar no es quedarse inmóvil: es velar, convertirse, reconocer los signos de la presencia del Señor y disponerse a acogerlo. Los cuatro domingos de Adviento forman un itinerario espiritual en el que la Palabra nos guía y nos transforma. Cada domingo tiene un verbo que orienta nuestro encuentro con Dios:

Domingo	Evangelio	Verbo	Clave del encuentro
1.º · 29 de noviembre	Mc 13, 33-37	Velar	El Señor vendrá y nos confía una tarea mientras tanto.
2.º · 6 de diciembre	Mc 1, 1-8	Preparar	Para recibirlo hay que volver a Él y allanar el camino.
3.º · 13 de diciembre	Jn 1, 6-8. 19-28	Alegrarse y testimoniar	Ya está en medio de nosotros: alegría que se comparte.
4.º · 20 de diciembre	Lc 1, 26-38	Acoger	Dios pide un «sí» para hacerse uno de nosotros.

El grito del Adviento. Al cerrar cada encuentro, hacemos nuestra la súplica de la Iglesia: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20). La expresión aramea «Maranatha» reúne nuestra espera: recordamos que el Señor vino, reconocemos que viene a nuestro encuentro y aguardamos su venida gloriosa.

Al celebrar el misterio entrañable de la Navidad, nos reunimos en torno a la Palabra de Dios para dejarnos transformar por la Buena Noticia del nacimiento del Señor. En Jesucristo, la Palabra eterna se hace carne, entra en nuestra historia y se hace cercana a cada uno de nosotros. La Lectio Divina nos invita, precisamente, a detenernos ante esta Palabra viva, escucharla con el corazón, contemplarla y dejarnos transformar por ella. ¡La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros!

Cómo rezar cada Lectio Divina

Esta propuesta puede realizarse personalmente, en familia o en comunidad. Busquemos un lugar tranquilo y, si estamos en comunidad, asignemos a una persona que guíe los pasos. Leamos sin prisa, respetemos los silencios y recordemos que no se trata solo de estudiar un texto, sino de escuchar al Señor y responderle desde la vida:

- **Ambientación e invocación:** preparamos el signo, encendemos la vela e invocamos al Espíritu.
- **Leer:** ¿Qué dice el texto? Observamos palabras, personajes, acciones y repeticiones, sin apresurarnos a interpretar.
- **Meditar:** ¿Qué me revela esta Palabra sobre Dios y sobre mi vida? ¿Qué ilumina en nuestra comunidad y en nuestra ciudad?
- **Orar:** ¿Qué despierta en mí esta Palabra y qué le respondo al Señor?
- **Contemplar:** permanecemos en silencio ante el Señor, acogiendo su presencia y dejándonos mirar por Él.
- **Actuar:** ¿Qué paso concreto de conversión, servicio o testimonio nace de este encuentro?



PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO: VELAR

Evangelio: Mc 13, 33-37

Clave del domingo: velar es esperar con el corazón despierto y permanecer fieles a la misión que el Señor nos confía.

29 de noviembre de 2026



El Adviento comienza con una invitación de Jesús: «¡Estén prevenidos!». No es una llamada al miedo, sino a vivir despiertos y disponibles. En medio de las prisas, las preocupaciones y las distracciones, podemos perder la capacidad de reconocer la presencia del Señor. Al encender la primera vela de la corona, expresamos nuestra esperanza: Cristo viene y nos encuentra allí donde vivimos.

Ambientación

- La Biblia abierta en Mc 13, 33-37.
- La corona de Adviento, solo con la primera vela.
- Un mantel y una rama verde, signo de vida y esperanza.

Hacemos la señal de la cruz y encendemos la primera vela.

Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo, ven y quédate en medio de nosotros. Al comenzar este Adviento queremos abrir el corazón a Dios, que viene a nuestro encuentro. Haznos atentos: muchas veces estamos tan ocupados que no reconocemos que Dios está cerca. Abre nuestros ojos para ver, nuestros oídos para escuchar y nuestro corazón para acoger. Enciende en nosotros la luz de la fe, el fuego de la esperanza y la fuerza del amor. Haznos permanecer vigilantes, con el corazón despierto y las manos dispuestas para servir. Amén.



Lectura: ¿qué dice el texto?

Lectura del Evangelio según san Marcos 13, 33-37

Tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento. Será como un hombre que se va de viaje, deja su casa al cuidado de sus servidores, asigna a cada uno su tarea, y recomienda al portero que permanezca en vela. Estén prevenidos, entonces, porque no saben cuándo llegará el dueño de casa, si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o por la mañana. No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos. Y esto que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén prevenidos!

Palabra del Señor.

Volvemos a leer el texto despacio. Dejamos que resuenen sus palabras y observamos antes de interpretar:

- ¿Qué palabras o expresiones se repiten en el texto? ¿Qué nos revela esa insistencia sobre la actitud que Jesús pide?
- ¿Qué confía el dueño a sus servidores y qué responsabilidad les asigna?
- ¿Qué se le pide al portero? ¿Por qué Jesús extiende esta llamada a todos?

Meditación: ¿qué me dice hoy?

Jesús presenta la imagen de un dueño que confía su casa a sus servidores y les encarga una tarea mientras está ausente. La comunidad de Marcos escucha esta enseñanza como una llamada a mantenerse fiel mientras espera al Señor. Para nosotros, el Adviento reúne la memoria de la venida de Cristo, el reconocimiento de su presencia cotidiana y la esperanza de su venida gloriosa. No conocer la hora no debe producir miedo, sino una vigilancia confiada.

El Señor no nos deja esperando con los brazos cruzados: confía a cada servidor una tarea. Velar es vivir con responsabilidad, atentos a su presencia y fieles a la misión recibida. La imagen del portero nos invita a ser una Iglesia despierta, capaz de reconocer a quienes llaman a la puerta y de no pasar de largo ante la soledad, la pobreza, la violencia o el sufrimiento de nuestra ciudad.

El sueño del que habla el Evangelio puede recordarnos la rutina, la distracción y la indiferencia que debilitan nuestra disponibilidad para Dios y para los demás. La vigilancia cristiana no consiste en vivir angustiados, sino en mantener despierta la fe y activa la caridad.

Para meditar

- ¿Qué cosas me adormecen y me impiden reconocer a Dios que viene?
- ¿Qué tarea me ha confiado el Señor en mi familia, mi trabajo o mi comunidad? ¿La estoy cumpliendo?
- ¿Quién en mi entorno necesita hoy una mirada atenta?



Oración: ¿qué le respondo a Dios?

Señor Jesús, reconozco que el cansancio, las preocupaciones y el ruido del mundo duermen muchas veces mi fe. Perdona mis momentos de indiferencia. Dame un corazón despierto y vigilante. Regálame la gracia de la atención para descubrirte en el rostro de mis hermanos, y la fortaleza para cumplir con alegría la tarea que me has encomendado. Amén.

- Con el corazón atento a la Palabra de Dios, que hemos leído y meditado, presentemos al Señor nuestra oración, pidiéndole que nos mantenga despiertos en la espera.

Contemplación

Guardamos unos minutos de silencio. Repetimos interiormente una frase del Evangelio que haya tocado nuestro corazón: «Estén prevenidos» o «a cada uno su tarea». No necesitamos producir muchas palabras ni buscar respuestas inmediatas. Permanecemos ante el Señor, confiando en su presencia y dejando que su Palabra habite en nosotros.

Acción: ¿a qué me comprometo?

- **Personal:** dedicar cada día unos minutos de oración junto al Señor, con el teléfono apagado.

- **Comunitario:** descubrir una necesidad concreta de la comunidad o del barrio (visitar a un enfermo, acompañar a alguien que vive solo) y asumirla con espíritu de servicio.

Cierre

Repetimos: *«Señor, mantén despierto mi corazón»*. Y concluimos con el grito del Adviento: **Maranatha, ¡ven, Señor Jesús!**

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO: PREPARAR

Evangelio: Mc 1, 1-8

Clave del domingo: convertirnos es volveral Señor y dejar que su gracia allane los caminos de nuestra vida.

6 de diciembre de 2026



Si el primer domingo nos llamó a despertar, este segundo nos invita a ponernos en camino. Juan el Bautista proclama en el desierto: «Preparen el camino del Señor». Marcos presenta a Jesús como Buena Noticia y sitúa su llegada en continuidad con la promesa de Dios anunciada por los profetas. También nosotros conocemos desiertos de cansancio, dudas, heridas y búsquedas. Allí resuena la invitación a la conversión: volver el corazón a Dios y permitir que su gracia renueve nuestra vida.

Ambientación

- La Biblia abierta en Mc 1, 1-8.
- La corona de Adviento con dos velas: la del primer domingo, ya encendida, y la nueva.
- Un signo del desierto: un recipiente con arena, unas piedras o un paño rústico.

Hacemos la señal de la cruz y encendemos la segunda vela.

Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo, ven sobre nuestra familia y permanece en medio de nuestra comunidad. Ilumina nuestra mente y prepara nuestro corazón para escuchar la voz de Juan, que clama en el desierto. Ayúdanos a oírla como dirigida personalmente a cada uno. Muéstranos qué caminos debemos preparar y qué obstáculos quitar. Danos un corazón humilde, que sepa que necesita de Dios y se deje transformar por su gracia. Que preparemos el camino no solo con palabras, sino con la vida. Amén.



Lectura: ¿qué dice el texto?

Lectura del Evangelio según san Marcos 1, 1-8

Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Como está escrito en el libro del profeta Isaías:

Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti para prepararte el camino. Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos.

Así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él, y se hacían bautizar en las aguas del Jordán, confesando sus pecados.

Juan estaba vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo: «Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo».

Palabra del Señor.

Volvemos a leer y observamos:

- ¿Dónde aparece Juan y qué mensaje proclama? ¿Qué significan las acciones «preparen» y «allanen» en el texto?
- ¿Cómo responde la gente a la predicación de Juan? ¿Qué relación hay entre conversión y perdón?
- ¿Cómo describe Juan al que viene después de él y qué diferencia establece entre su bautismo y el de Jesús?

Meditación: ¿qué me dice hoy?

Marcos abre su relato con una buena noticia: Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. La voz profética invita a preparar el camino del Señor, y Juan anuncia un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. El desierto evoca un lugar de escucha y de regreso a Dios. Allanar los senderos puede significar reconocer aquello que nos aparta de Él - el orgullo, el egoísmo, el resentimiento o la indiferencia - y disponernos a recibir la vida nueva que Jesús trae. La conversión no es un esfuerzo aislado: es respuesta a la gracia de Dios, que nos llama y nos transforma.

Juan no se pone en el centro: anuncia a Aquel que es más poderoso que él y que bautizará con el Espíritu Santo. Su humildad orienta también a la comunidad cristiana: preparar el camino no es atraer la atención hacia nosotros, sino ayudar a otros a encontrarse con Jesús. Lo hacemos acogiendo sin juzgar, respetando los procesos de cada persona y dando testimonio del Evangelio con palabras y obras. La Iglesia está llamada a ser casa de misericordia y a salir al encuentro de quienes viven sus propios desiertos.

Para meditar

- ¿Qué senderos de mi vida necesito allanar para que el Señor entre con más libertad?
- ¿Qué obstáculo concreto (orgullo, impaciencia, rencor) me cuesta más quitar?
- ¿Qué «desierto» de mi barrio necesita hoy una voz amiga?



Oración: ¿qué le respondo a Dios?

Señor Jesús, enséñame a vivir con humildad, reconociendo que te necesito. Que mis palabras y acciones no busquen ser el centro, sino ayudar a otros a descubrir tu amor. Que mi vida abra caminos para que llegues al corazón de quienes me rodean. Amén.

- Con el corazón atento a la Palabra que hemos leído y meditado, presentemos al Señor nuestras súplicas. Pidámosle un corazón dispuesto a la conversión, la humildad para reconocer lo que nos aleja de Él y la valentía para preparar caminos de encuentro y reconciliación.

Contemplación

Guardamos silencio y volvemos el corazón a Dios. Dejamos resonar la invitación: «Preparen el camino del Señor». No intentamos resolverlo todo en este momento; permanecemos disponibles para que la Palabra ilumine nuestro interior y nos abra a la acción del Espíritu Santo. Descansamos en la fidelidad de Dios, que sale a nuestro encuentro y nos llama a una vida nueva.

Gesto: cada uno toma una piedra, nombra en silencio un obstáculo que quiere allanar y la deja junto al signo del desierto.

Acción: ¿a qué me comprometo?

- **Personal:** reservar un momento de silencio esta semana para revisar mis actitudes con humildad y, si es necesario, reconciliarme con alguien.

- **Comunitario:** compartir con una persona cercana lo que Jesús significa en mi vida, con sencillez, escuchando también su experiencia.

Cierre

Repetimos: «Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos».
Y concluimos: **Maranatha, ¡ven, Señor Jesús!**

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO: ALEGRARSE Y DAR TESTIMONIO

Evangelio: Jn 1, 6-8. 19-28

Clave del domingo: reconocer al Señor presente en medio de nosotros.

13 de diciembre de 2026



El tercer domingo de Adviento, llamado Gaudete, nos invita a la alegría: «Alégrense siempre en el Señor; vuelvo a insistir, alégrense. El Señor está cerca» (cf. Flp 4,4-5). No se trata de negar las dificultades, sino de reconocer que Dios permanece fiel y se acerca a su pueblo. El Evangelio presenta a Juan como testigo de la luz: su misión no es ocupar el centro, sino ayudar a otros a reconocer a Jesús.

Ambientación

- La Biblia abierta en Juan 1.
- La corona de Adviento con dos velas ya encendidas. Encendemos la tercera, de color rosado si la hay.
- Un espejo.

Antes de comenzar, cada uno se mira en el espejo y se pregunta en silencio: «¿Quién soy ante Dios?». No buscamos una respuesta inmediata. Hacemos la señal de la cruz y encendemos la tercera vela.

Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo, que tu luz nos guíe en esta jornada. Ayúdanos a reconocernos en tu Palabra y a responder con fidelidad a lo que nos pides. Libéranos del miedo de hablar de Jesús y de la tentación de hablar de nosotros mismos. Haznos testigos sencillos y alegres de la luz que no se apaga. Amén.



Lectura: ¿qué dice el texto?

Lectura del Evangelio según san Juan 1, 6-8. 19-28

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino el testigo de la luz.

Este es el testimonio que dio Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalén, para preguntarle: «¿Quién eres tú?». Él confesó y no lo ocultó, sino que dijo claramente: «Yo no soy el Mesías». «¿Quién eres, entonces?», le preguntaron: «¿Eres Elías?». Juan dijo: «No». «¿Eres el Profeta?». «Tampoco», respondió. Ellos insistieron: «¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?». Y él les dijo: «Yo soy una voz que grita en el desierto: Allanen el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías».

Algunos de los enviados eran fariseos, y volvieron a preguntarle: «¿Por qué bautizas, entonces, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?». Juan respondió: «Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay alguien al que ustedes no conocen: él viene después de mí, y yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia». Todo esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

Palabra del Señor.

Volvemos a leer y observamos:

- ¿Qué responde Juan cuando le preguntan quién es? ¿Cómo describe su misión?
- Según los versículos 6-8, ¿para qué fue enviado Juan y cuál es la relación entre él y la luz?
- ¿Qué afirma Juan sobre aquel que ya está en medio de ellos? ¿Qué revela esto sobre la presencia del Señor?

Meditación: ¿qué me dice hoy?

El Evangelio nos recuerda una verdad decisiva: Aquel a quien esperamos está ya «en medio de ustedes», aunque no siempre sepamos reconocerlo. La alegría cristiana nace de esta presencia y de la fidelidad de Dios; no elimina el dolor ni las preguntas, pero nos sostiene y nos abre a la esperanza. La oración nos educa para descubrir al Señor que camina junto a nosotros.

Juan responde con claridad quién no es y cuál es su misión: no es el Mesías ni la luz; es testigo de la luz y voz que prepara el camino. Su identidad se comprende en relación con Aquel a quien anuncia. También nosotros damos testimonio cuando nuestras palabras y obras remiten a Jesús, cuando escuchamos con respeto y cuando hacemos visible el amor de Dios mediante gestos cotidianos. Testimoniar no es imponerse: es compartir con humildad la esperanza que nos anima.

Para meditar

- Juan responde con claridad quién es. Y yo, ¿quién soy ante Dios? ¿Qué lugar le doy a Jesús y qué lugar me doy yo?
- ¿Dónde está hoy el Señor «en medio de nosotros» sin que lo reconozcamos?
- ¿Qué podría decir o hacer esta semana para que alguien cercano sienta la alegría de que el Señor viene?



Oración: ¿qué le respondo a Dios?

Dios nuestro, en tu infinita misericordia has enviado tu Palabra a habitar con nosotros. Concédenos la gracia de reconocer tu luz. Que, movidos por tu Espíritu, seamos como Juan: voz que invita a volver a Ti, y no ruido que habla de sí mismo. Toca los corazones que aún no te conocen, para que a tu llegada encuentres un pueblo bien dispuesto y alegre. Amén.

- Con el corazón atento a la Palabra que hemos leído y meditado, presentemos al Señor nuestras súplicas. Pidámosle reconocer su presencia en medio de nosotros y ser testigos humildes y alegres de su luz.

Contemplación

Miramos las velas encendidas y guardamos silencio. Dejamos que resuene en nuestro interior: «Él no era la luz, sino el testigo de la luz». Permanecemos ante Jesús, luz verdadera, sin necesidad de decir nada. Le pedimos la gracia de reconocerlo presente y de reflejar su luz con sencillez.

Acción: ¿a qué me comprometo?

- **Personal:** elegir a una persona cercana que esté pasando por un momento oscuro (duelo, enfermedad, soledad, cesantía) y compartir con ella un gesto de alegría: una visita, una llamada, una carta o una comida compartida.
- **Comunitario:** invitar con un gesto sencillo (una tarjeta, un mensaje, una conversación) a un vecino a las misas, novenas o celebraciones de Navidad de la comunidad.

Cierre

Volvemos a mirarnos al espejo y nos preguntamos de nuevo: ¿quién soy yo ante Dios? Damos gracias por la luz que nos regala su Palabra. Repetimos: «No soy la luz, pero quiero ser testigo de ella», y concluimos diciendo:
Maranatha, ¡ven, Señor Jesús!

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO: ACOGER

Evangelio: Lc 1, 26-38

Clave del domingo: María acoge con fe la Palabra de Dios y colabora libremente con su proyecto de salvación.

20 de diciembre de 2026



En el cuarto domingo de Adviento, la Palabra nos conduce a Nazaret y al encuentro de María con el ángel Gabriel. Dios cumple sus promesas y quiso contar con la respuesta libre de María para que el Hijo asumiera nuestra humanidad. Ella escucha, pregunta y, finalmente, se entrega con confianza: «Que se cumpla en mí lo que has dicho». En medio de los preparativos de estos días, volvemos al centro de la Navidad: acoger a Jesús y disponernos a que su presencia transforme nuestra vida.

Ambientación

- La Biblia abierta en Lucas 1.
- La corona de Adviento con tres velas encendidas. Encendemos la cuarta.
- Un pesebre con María y José, a la espera de colocar al Niño el día de Navidad.

Hacemos la señal de la cruz y encendemos la segunda vela.Hacemos silencio para dar gracias por este tiempo, nos ponemos en presencia del Señor con la señal de la cruz y encendemos la cuarta vela.

transformar por su gracia. Que preparemos el camino no solo con palabras, sino con la vida. Amén.

Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo, amor y don del Padre, prepara nuestro corazón para acoger a Jesús, el Hijo de Dios que viene a habitar entre nosotros. Enséñanos a mirar a María como ejemplo de confianza y disponibilidad. Danos la valentía de decir «sí» a lo que el Señor nos pide y haz de nuestras comunidades hogares abiertos, donde todos encuentren acogida y amor. Amén.



Lectura: ¿qué dice el texto?

Lectura del Evangelio según san Lucas 1, 26-38

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin».

María dijo al Ángel: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios».

María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó.

Palabra del Señor.

Volvemos a leer y observamos:

- ¿Con qué palabras saluda el Ángel a María y cómo la anima ante su desconcierto?
- ¿Cómo reacciona María ante el anuncio? ¿Qué pregunta y qué nos enseña su actitud de escucha?
- ¿Qué signo le ofrece el Ángel a María en la experiencia de Isabel? ¿Qué afirma sobre el poder de Dios?

Meditación: ¿qué me dice hoy?

En el relato de la Anunciación, la iniciativa es de Dios: envía a su mensajero, saluda a María y le revela su proyecto. María se desconcierta y pregunta; su fe no significa ausencia de preguntas, sino apertura confiada a la Palabra. Finalmente responde libremente y se pone al servicio de la obra de Dios. En ella reconocemos a la Iglesia que escucha, discierne y acoge la misión recibida. También nosotros estamos llamados a ofrecer una respuesta concreta a la iniciativa amorosa del Señor.

Nuestro «sí» se hace concreto cuando cuidamos la vida, acompañamos a quienes sufren y recibimos con dignidad a las personas migrantes y a quienes se sienten solos o excluidos. Así nuestras familias y comunidades pueden convertirse en lugares de acogida, donde cada persona encuentre espacio, respeto y cercanía. La contemplación de María nos invita a pasar de la escucha a una disponibilidad activa para el servicio.

Para meditar

- ¿Qué temores me frenan a decir «sí» al Señor en mi familia, mi trabajo o mi comunidad?
- Si mi corazón fuera un pesebre, ¿qué necesito transformar para recibir a Jesús con más libertad?
- ¿A quién puedo hacerle un lugar en mi casa o en mi comunidad esta Navidad?



Oración: ¿qué le respondo a Dios?

Padre bueno, gracias porque no nos esperas lejos ni perfectos, sino que vienes a nuestra casa, a nuestra fragilidad, y te haces niño para quedarte con nosotros. Como a María, también a nosotros nos dices: «No temas». Danos su confianza para creer que contigo nada es imposible, y su humildad para decir «sí», aunque no lo entendamos todo. Que nuestro corazón sea un pesebre sencillo y cálido, y que la Navidad nos encuentre amando, sirviendo y compartiendo. Ven, Señor Jesús, no tardes. Amén.

- Con el corazón atento a la Palabra que hemos leído y meditado, presentemos al Señor nuestras súplicas. Oremos especialmente por los niños que nacen o crecen en medio de la guerra, la violencia y la injusticia; por las familias que sufren y por quienes necesitan encontrar una comunidad que los acoja.

Contemplación

Contemplamos en silencio a María, que escucha la promesa de Dios y responde con fe. Ante el pesebre vacío, dejamos resonar sus palabras: «Que se cumpla en mí lo que has dicho». No nos apresuramos a hablar; permanecemos disponibles ante el misterio de Dios que viene a habitar entre nosotros. Le pedimos que haga de nuestra vida y de nuestras comunidades un lugar donde su Palabra sea acogida y dé fruto.

Acción: ¿a qué me comprometo?

- **Personal:** preparar mi corazón como pesebre: reconciliarme con alguien, regalar mi tiempo o dar un paso concreto de servicio que haga real mi «sí».
- **Comunitario:** hacer de la comunidad una casa abierta, con un gesto concreto de acogida antes de Navidad (invitar a quien está solo, apoyar a una familia migrante, compartir la mesa).

Cierre

Al concluir este camino de Adviento, damos gracias al Señor por su Palabra: ella nos ha llamado a velar, a convertirnos, a reconocer la luz y a acoger su voluntad. Que lo escuchado en la oración se haga vida en nuestras decisiones y en el servicio a los demás. Repetimos: «Que se cumpla en mí tu Palabra», y concluimos con la súplica de la Iglesia: **Maranatha, ¡ven, Señor Jesús!**

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR:

Evangelio: Jn 1, 1-14

“Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”

25 de diciembre de 2026



Al celebrar el misterio entrañable de la Navidad, nos reunimos en torno a la Palabra de Dios para dejarnos transformar por la Buena Noticia del nacimiento del Señor. En Jesucristo, la Palabra eterna se hace carne, entra en nuestra historia y se hace cercana a cada uno de nosotros. La Lectio Divina nos invita, precisamente, a detenernos ante esta Palabra viva, escucharla con el corazón, contemplarla y dejarnos transformar por ella. ¡La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros!

Ambientación

- El Altar de la Palabra: En el centro de nuestra sala, patio, capilla o mesa familiar, coloquemos una mesa, un mantel y una planta o flores.
- La Biblia abierta: Dispongamos las Sagradas Escrituras abiertas en el evangelio de Juan, capítulo 1.
- Signos: Coloquemos el pesebre y una vela encendida.
- Disposición interior: Guardamos un momento de silencio y aquietamos nuestro corazón para reconocer, con fe y esperanza, que el Emanuel, Dios-con-nosotros, está presente en medio de nosotros. Nos disponemos a acoger su presencia y a dejarnos encontrar por Él.

Hacemos la señal de la cruz.

Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, y dispón nuestro corazón para encontrarnos con la Palabra de Dios. En esta Navidad, ayúdanos a contemplar el misterio de Jesús, la Palabra eterna que se hizo carne y vino a habitar entre nosotros.

Abre nuestros ojos para reconocer su luz en medio de nuestras alegrías y esperanzas, pero también en nuestras fragilidades, dudas y oscuridades. Que, al acercarnos al pesebre, descubramos la cercanía de un Dios que no permanece distante, sino que se hace uno de nosotros para acompañarnos y revelarnos su amor.

Espíritu Santo, renueva nuestra fe y haznos capaces de acoger a Jesús en nuestra vida, en nuestras familias y comunidades. Que la luz de Cristo ilumine nuestro camino y nos impulse a llevar su alegría, su paz y su esperanza a quienes encontramos cada día.

Ven, Espíritu Santo, y haz que esta Palabra se haga vida en nosotros, para que, como discípulos y misioneros, podamos anunciar con alegría que Jesús ha venido a habitar entre nosotros. Amén.

Lectura: ¿qué dice el texto?

Lectura del Evangelio según san Juan 1, 1-14

Al principio existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
Al principio estaba junto a Dios.
Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra
y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe.
En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la vencieron.

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.
Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él.

Él no era luz, sino el testigo de la luz.
La Palabra era la luz verdadera que,
al venir a este mundo,
ilumina a todo hombre.
Ella estaba en el mundo,
y el mundo fue hecho por medio de ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.
Pero a todos los que la recibieron,
a los que creen en su Nombre,
les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios.
Ellos no nacieron de la sangre,
ni por obra de la carne,
ni de la voluntad del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos visto su gloria,
la gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y de verdad.

Palabra del Señor.

«La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14)

En este día, la Palabra de Dios nos invita a detenernos ante el misterio de la Navidad: Dios se hace cercano, entra en nuestra historia y pone su morada entre nosotros. El Evangelio no nos presenta solamente el nacimiento de un niño, sino la revelación de un Dios que desea encontrarnos allí donde estamos, en nuestra realidad concreta, en nuestras alegrías, búsquedas y fragilidades.

«La Palabra se hizo carne». El Dios que tantas veces habló a su pueblo por medio de los profetas ahora se hace Palabra viva, rostro, presencia. En Jesús, Dios no permanece distante: se hace pequeño para acercarse a nosotros y dejarse encontrar. La Navidad nos recuerda que no tenemos que buscar a Dios lejos de nuestra vida; Él ha querido entrar en ella y habitar en medio de nosotros.

Al contemplar al Niño de Belén, podemos preguntarnos: ¿reconozco la presencia de Dios en mi vida cotidiana? ¿Dónde descubro hoy que el Señor sale a mi encuentro? Quizás su presencia se manifiesta en una persona, en un gesto de amor, en una palabra que nos sostiene, en una situación que nos invita a confiar o incluso en aquello que todavía no comprendemos.

La Lectio Divina nos ayuda precisamente a abrir el corazón para escuchar esta Palabra que se hace carne. No se trata solamente de leer un texto, sino de acoger a Jesús, la Palabra viva, que quiere nacer también en nuestro corazón. Como María, estamos llamados a guardar y meditar estas cosas, permitiendo que la Palabra transforme nuestra mirada y nuestra manera de vivir.

En Navidad, dejemos que el silencio nos conduzca hasta el pesebre. Contemplemos al Niño y repitamos interiormente: «Emanuel, Dios-con-nosotros». Él está aquí. Él viene a nuestro encuentro. Él quiere habitar nuestra vida.

¿Qué palabra o gesto del Señor quiero acoger especialmente en esta Navidad? ¿A qué me invita Jesús para que su presencia se haga visible en mi vida y en quienes me rodean?

Que esta Navidad nos encuentre con el corazón abierto para recibir a la Palabra hecha carne y para convertirnos también nosotros en presencia cercana, acogedora y misericordiosa de Dios para los demás.

Meditación: ¿qué me dice hoy?

En el corazón de la Navidad contemplamos un misterio que supera nuestras palabras: la Palabra eterna de Dios se hace carne y viene a habitar entre nosotros. El Evangelio de Juan nos conduce más allá del pesebre para descubrir quién es realmente Jesús: Él es la Palabra que estaba junto a Dios y que es Dios; por medio de Él todo fue creado y en Él está la vida y la luz.

Esta Palabra no permanece distante. Se hace carne, entra en nuestra historia, asume nuestra humanidad y pone su morada entre nosotros. Dios se hace cercano, pequeño y vulnerable para encontrarnos en nuestra propia realidad. La Navidad nos revela así un Dios que no se desentiende de nuestra vida, sino que la abraza y la habita.

«La luz brilla en las tinieblas». También hoy, cuando experimentamos oscuridades, incertidumbres o cansancio, Cristo continúa viniendo como luz. La cuestión es si estamos dispuestos a reconocerlo y recibirlo.

En esta Navidad, detengámonos ante Jesús y dejemos que su Palabra llegue hasta lo más profundo de nuestro corazón. El Emanuel está con nosotros. Dios ha querido hacer de nuestra vida su morada.

Para meditar

- ¿Qué significa para mí, hoy, saber que Dios habita en mi historia?
- ¿Hay algo en mí que necesito abrir para acoger verdaderamente a Jesús?
- ¿A quiénes estoy llamado/a a llevar, con mi vida, la luz y la cercanía de Cristo en esta Navidad?



Oración: ¿qué le respondo a Dios?

El Dios eterno se ha hecho cercano. El Emanuel, Dios-con-nosotros, está en medio de nosotros y viene a encontrarnos en nuestra historia. Guardemos silencio y reconozcamos con fe su presencia.

Oración de alabanza y súplica
Señor Jesús, Palabra eterna del Padre,
hoy te contemplamos hecho carne,
pequeño y cercano,
nacido para habitar entre nosotros.

Te damos gracias porque no permaneces distante,
sino que entras en nuestra historia y haces de nuestra vida tu morada.
Tú eres la Luz que brilla en nuestras tinieblas.
Ven a iluminar nuestros caminos, nuestros cansancios,
búsquedas y preocupaciones.
Renueva nuestra esperanza y ayúdanos a reconocerte
aun en medio de aquello que no comprendemos.

Tú eres el Emanuel, Dios-con-nosotros.
Danos un corazón sencillo y abierto para acogerte y dejarnos transformar por tu presencia.

Enséñanos a descubrirte en quienes caminan a nuestro lado,
en los pequeños gestos de amor, en quienes necesitan consuelo
y en cada realidad donde nos llamas a servir.

Que tu Palabra, hecha carne, también se encarne en nuestra vida,
para que podamos ser luz, esperanza y cercanía para quienes nos rodean.

Jesús, Niño de Belén,
quédate con nosotros
y enséñanos a vivir
desde tu amor y tu paz.
Amén.

Oración comunitaria

En este tiempo santo de Navidad, con el corazón agradecido porque Dios ha querido habitar entre nosotros, abramos ahora un espacio para presentar al Señor nuestras vidas y las de quienes nos rodean.

Con sencillez y confianza, podemos compartir libremente nuestras acciones de gracias, peticiones y anhelos.

Cada oración que pronunciemos será una manera de acoger al Señor y de reconocer su presencia en nuestra historia. Pongamos en sus manos nuestras alegrías y esperanzas, nuestras preocupaciones y necesidades, con la certeza de que la Palabra hecha carne escucha y acoge nuestra oración.

Después de cada intención, podemos responder:
R/. Jesús, Palabra hecha carne, escucha nuestra oración.
Dejar un espacio para las intervenciones espontáneas de la comunidad.

Cierre

Señor Jesús,
gracias porque has venido a habitar entre nosotros.
Recibe nuestras oraciones
y haz de nuestro corazón una morada para ti.

Que, después de encontrarnos contigo en tu Palabra,
podamos llevar tu luz a nuestra vida cotidiana
y ser, allí donde nos encontremos,
signos de tu presencia, de tu esperanza y de tu amor.

Quédate con nosotros, Señor.
Emanuel, Dios-con-nosotros,
camina con tu pueblo.
Amén.



Contemplación

Dejemos que la luz de la Palabra ilumine nuestro corazón.

Hagamos un momento de silencio y dispongamos nuestro corazón para contemplar el misterio de la Navidad. Miremos con calma al Niño Jesús y dejemos que nos hable desde su sencillez. Dios ha querido acercarse a nosotros, asumir nuestra humanidad y compartir nuestra vida. La Palabra eterna se ha hecho carne y ha puesto su tienda en medio de nuestra historia.

Contemplemos a Jesús y dejemos que su presencia nos recuerde cuánto somos amados por Dios. En Él descubrimos un Dios cercano, que conoce nuestras alegrías, cansancios, fragilidades y esperanzas. Permanezcamos unos instantes junto a Él, dejando que su amor nos renueve y nos regale la paz que necesitamos.

Desde esta contemplación, miremos también a quienes forman parte de nuestra vida. Pidamos la gracia de reconocer la presencia de Dios en cada persona, especialmente en quienes necesitan ser acogidos, escuchados y acompañados. Que la mirada del niño Jesús transforme nuestra manera de mirar y nos ayude a descubrir que Él sigue habitando entre nosotros.

Frase para repetir interiormente:
«Señor Jesús, Palabra hecha carne, quédate con nosotros y enséñanos a reconocer tu presencia».



Acción: ¿a qué me comprometo?

- **Personal: hacer presente el amor de Dios.** En esta Navidad, preguntémonos qué gesto concreto podemos realizar para llevar la ternura y la cercanía de Jesús a quienes forman parte de nuestra vida. Puede ser acompañar a alguien que se encuentre solo, visitar a una persona que necesite compañía, reconciliarnos con alguien, escuchar con atención a quien necesita ser acogido o simplemente regalar tiempo y presencia a nuestra familia.
- **Comunitario: ser una comunidad que acoge, sale al encuentro y lleva la alegría de la Navidad**. En Navidad contemplamos a un Dios que se hace cercano, entra en nuestra historia y viene a habitar entre nosotros. El nacimiento de Jesús nos invita a hacer de nuestras comunidades un lugar donde esta cercanía de Dios pueda experimentarse concretamente, acogiendo, escuchando y saliendo al encuentro. Estamos llamados también a llevar la alegría de la Navidad a nuestro entorno, compartiendo esperanza, cercanía y gestos de amor, especialmente con quienes se sienten solos, excluidos o necesitan una palabra de aliento. Que nuestras parroquias y comunidades sean espacios donde cada persona pueda sentirse recibida, valorada y amada, y donde la alegría del nacimiento de Jesús se haga vida y se comparta con todos.
- **Para llevar a la vida:** ¿Qué gesto concreto puedo realizar esta Navidad para que otra persona experimente, a través de mí, la cercanía y el amor de Jesús?

Cierre

Unidos por el gozo de la Palabra encarnada, oremos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó: Padre Nuestro...

Encomendemos este momento a María, quien acogió con fe la Palabra de Dios y recibió en su corazón a Jesús. Pidámosle que nos enseñe a abrir nuestra vida al Señor y a llevar su luz y su amor a quienes nos rodean.

Con confianza, recemos juntos el Ave María.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

RRSS y Contacto

Te invitamos a conocer nuestras iniciativas, recursos formativos y actividades a través de nuestras redes sociales y canales oficiales. Caminemos juntos, celebrando la fe y renovando la esperanza.

Instagram

@evangelizacionsantiago

Facebook

Delegación para la Evangelización

Web

www.liturgiayespiritualidad.cl

YouTube

Liturgia y Espiritualidad

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
EVANGELIZACIÓN